

Colombia, UNASUR y la nueva geopolítica latinoamericana¹

Por Raúl Benítez Manaut

Un pobre resultado tuvo el encuentro de UNASUR, en la argentina Bariloche, donde se esperaba una condena a Colombia por su acuerdo militar con Washington sobre siete bases militares en su territorio.

El pasado viernes 28 de agosto se celebró en Bariloche la reunión de UNASUR, en la que se debía condenar a Colombia por firmar un acuerdo militar con Estados Unidos para el empleo de siete bases militares para luchar contra el narcotráfico y las FARC. El resultado de los debates de la reunión de Bariloche fue pobre. El conclave culminó con ambiguos señalamientos sobre la posible amenaza de la fuerza norteamericana desplegada en esas bases para atacar a otro país. Se destaca en ese discurso la postura del presidente Chávez, de Venezuela, siendo él quien tiene menos autoridad moral debido a que es uno de los principales promotores de la carrera armamentista que vive América del Sur. Además Chávez, constantemente, ante cualquier crisis de seguridad en la región, amaga a otros países con el despliegue de sus tropas, como sucedió el año pasado, cuando fuerzas colombianas atacaron el campamento de las FARC en territorio ecuatoriano, y ordenó el despliegue de blindados hacia la frontera con Colombia. Y hace dos meses, amenazó con declarar la guerra a Honduras por el golpe de Estado sucedido en ese país contra el presidente Zelaya.

En la década de los ochenta del siglo pasado, cuando la presencia de tropas extranjeras en suelo centroamericano era “normal”, con los asesores estadounidenses en Honduras y El Salvador, el gran equipo de asesores militares cubanos en Nicaragua, o las bases de Estados Unidos en la zona del Canal, nadie hacía aspavientos, y los países circundantes al istmo lo que trataban de desplegar eran acuerdos para la salida negociada de esas fuerzas, como lo postularon el Grupo de Contadora y los esfuerzos del presidente

¹ Publicado el 3 de septiembre 2009. En: www.rnw.nl/es/espagnol/article/colombia-unasur-y-la-nueva-geopol%C3%ADtica-latinoamericana

Óscar Arias y el conocido proceso de paz de Esquipulas. Hace diez años, cuando se firmó el compromiso entre Ecuador y Estados Unidos para el empleo de la base aérea de Manta, cuya no renovación es el origen de que Estados Unidos buscara un acuerdo con otro país de la región Andina, tampoco nadie se asombró, pues era claro que la guerra de Estados Unidos al narcotráfico necesitaba reforzar el cinturón aéreo y elevar la tecnología desplegada mediante satélites y aviones radar Awacs, para detectar las aeronaves, lanchas rápidas y mini-submarinos en las aguas del Pacífico y el Caribe, con rumbo a México y Estados Unidos. Tampoco hubo aspavientos diplomáticos cuando hace diez años el presidente Clinton y el Gobierno de Colombia comenzaron con la implementación del Plan Colombia, y, desde el año 2007, México y los países de Centroamérica también están recibiendo un ambicioso paquete de ayuda militar, conocido como Iniciativa Mérida, que ciertamente no incluye presencia directa de militares de Estados Unidos.

Lo realmente grave y que está desbalanceando la geopolítica del continente es la reaparición de una nueva carrera armamentista. Los principales impulsores son, cada uno con sus “razones”, Venezuela, Chile y Brasil. Además, por motivos de política interna, otros países están militarizando sus estructuras de seguridad, algunos como Venezuela, quien ha trasladado el epicentro de la acción del Estado a favor de sus fuerzas militares llegando incluso a controlar hasta las más mínimas políticas sociales y cargos en empresas gubernamentales. México, por estar en franca descomposición sus cuerpos policíacos, debe recurrir al máximo al excesivo uso de las fuerzas armadas en la guerra a los carteles de la droga, y Colombia, por la presión que ejercen las FARC y los grandes carteles de productores de cocaína, tiene muchos años fortaleciendo a las fuerzas armadas y sus cuerpos de seguridad. En otras palabras, los militares, otra vez, se vuelven vitales para el Estado y su sobrevivencia. Sea en gobiernos cuya democracia se considera consolidada, como Chile y Brasil, en otros gobiernos como los de México, Colombia y Guatemala, donde está amenaza por poderes fácticos; o en países donde la toma del poder por el color verde olivo es una realidad como Venezuela, se vive un proceso imparable de militarización. Por ello, condenar sólo a un país como la cumbre de Bariloche lo intentó con Colombia, estaba fuera de la realidad. Entre los jueces de Colombia están también los que promueven esta carrera armamentista, por lo que no iba a tener ningún futuro centrar la

mira sólo en el presidente Uribe. ¿Qué diferencia hay entre el paso por aguas caribeñas de la IV flota de Estados Unidos, y el despliegue de poder de Rusia, cuando Venezuela invitó al super portaviones Pedro el Grande a sus costas? ¿Qué diferencia hay entre comprar y recibir equipo militar de Estados Unidos, como lo hace México, y equipar a sus Fuerzas Armadas con el más moderno equipo naval y aéreo, como lo hace Chile? ¿Por qué y para qué Brasil está modernizando todo su Ejército, Fuerza aérea y Armada, hasta con modernos submarinos? ¿Qué puede hacer un submarino en la vigilancia del Amazonas? Ciertamente, Brasil quiere proyectar sus Fuerzas armadas de acuerdo a sus proyecciones para convertirse en una potencia global, incluso en el nivel militar.

Los números no mienten. El crecimiento de los presupuestos militares en los últimos diez años es asombroso. Según el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, de 1999 a 2008, en América del Sur los gastos militares crecieron en 50 por ciento. Entre ellos, el Ejército brasileño aumentó 20 por ciento; el colombiano más del 100 por ciento; el de Chile 75 por ciento; el de Venezuela 65 por ciento; y el de Ecuador más de 100 por ciento. Excepto el gasto de Colombia, que se dedica a armamento ligero y equipo de guerra en la selva, el resto de los países se armó con equipo pesado para la guerra convencional, sobre todo modernizando las flotas con modernas fragatas, como el caso de Chile, aviones de combate de última generación, como Brasil, Venezuela, Chile y Perú, y también la compra de gran cantidad de fusiles, los más de 100 mil AKA-103 de Venezuela, quien además también está terminando de instalar una fábrica de los mismos. De estas compras se han beneficiado España, China, Francia, Rusia, Bielorrusia, Israel y Holanda, entre otros países.

Lo anterior nos lleva a un análisis más complejo de la crisis geopolítica que vive el continente. Por vez consecutiva, la gobernabilidad está fracturada. De profundas crisis de los sistemas políticos democráticos, emergen los militares de nueva cuenta en muchos países. El golpe de Estado en Honduras muestra los límites de un Estado débil, cuando un Presidente decide cambiar de giro a su ideología política, abandona a los grupos de poder tradicionales, y busca el respaldo sólo en los sectores populares. Zelaya ingresó al Acuerdo Bolivariano de Las Américas (ALBA) siendo el eslabón más débil de esta coalición.

Comenzó a respaldar sus finanzas estatales sólo con el apoyo del petróleo venezolano gratuito, y provocó una gran fractura que llevó a su derrocamiento mediante un golpe de Estado. Chávez y Correa, con un apoyo popular sólido, emplazan a los poderes oligárquicos y clases medias, clausuran medios de comunicación, y, en el caso de Chávez, implementa operaciones de descrédito electoral de la oposición mediante escandalosos fraudes donde decir que eso responde a una democracia es casi una broma de mal gusto. En Guatemala, hace cuatro meses hubo modalidades de desestabilización política novedosas que casi llegan al derrocamiento del presidente Álvaro Colom, también por los grupos de poder oligárquicos. De esta manera, se gesta una crisis geopolítica a partir de procesos políticos fracturados, de la presencia longeva del narcotráfico de los grupos armados ilegales como las FARC, acusados de terroristas, y del crecimiento imparable de los poderes criminales como se observa en México.

En la cumbre de UNASUR, el gran ganador pareció ser el invitado para ser acusado: Colombia. El hecho de no ser condenado ya fue ganancia para el presidente Uribe. Su airosa salida se debió a, como se dice popularmente en América Latina, todos tienen cola que les pisen en cuanto a procesos de rearmamentismo. Se mostró también un Brasil con límites para imponer su poder, y el comunicado final se alimentó del planteamiento original de Uribe: condenar al terrorismo. Así, el acuerdo entre Colombia y Estados Unidos para que este país pueda usar siete bases militares quedó sin cuestionamientos, por consideraciones de “ejercicio de la soberanía”, y Estados Unidos no fue condenado. Se podría considerar un éxito también del presidente Obama y del Comando Sur el que no se haya podido incluir en el comunicado un cuestionamiento enérgico a su presencia en Colombia, como deseaba Hugo Chávez. Otros ganadores de la cumbre de UNASUR en Bariloche por omisión son países que tienen estrechos vínculos con Estados Unidos, como México, pues el paquete de ayuda de la Iniciativa Mérida incluye sofisticado equipo de vigilancia aérea que necesariamente debe estar apoyado por los sistemas de inteligencia satelital que informan de los movimientos de traslados de cocaína de Colombia y Venezuela hacia el norte. Con todo esto, lo que sí se puede afirmar es que se gestan fricciones geopolíticas nuevas y que los militares han recobrado un poder del que habían sido desplazados cuando los países comenzaron a democratizarse hace 20 años.